

Especialmente cuando yo estaba enseñando en Iowa State, los estudiantes a veces preguntarían acerca de mi fe o pedirían si yo creía en Dios. Otros me pedirían, «¿Has tenido una experiencia de Dios?» Yo nunca sabía totalmente como responder porque nunca estaba cierto de lo que un estudiante me pedía. Evangélicos me pedirían si yo tenía una relación personal con Cristo. Ya que mi familia era evangélica y crecí como un evangélico, podía responder fácilmente a sus preguntas y luego pude comenzar estimularlos para que ellos tuviesen un entendimiento más profundo de la Biblia y de una relación con Jesús.

Este domingo es nuestra celebración de la Solemnidad de la Santísima Trinidad. Nuestras lecturas de hoy abordan los asuntos acerca de la fe, de Dios, y de la experiencia de Dios. Nuestra primera lectura se centra en Dios como se revelaba a sí mismo a los israelitas, ese pueblo cuyo descendentes ahora se llaman los judíos. El libro de Deuteronomio está organizado como una serie de tres discursos por Moisés al pueblo de Dios. Nuestra lectura de hoy comienza con preguntas:

Pregunta a los tiempos pasados, investiga desde el día en que Dios creó al hombre sobre la tierra. ¿Hubo jamás, desde un extremo al otro del cielo, una cosa tan grande como ésta? ¿Se oyó algo semejante? ¿Qué pueblo ha oído sin perecer, que Dios le hable desde el fuego, como tú lo has oído? ¿Hubo algún dios que haya ido a buscarse un pueblo en medio de otro pueblo

Por medio de estas preguntas, Moisés está llamando el pueblo a la fe, fe en Dios su creador, que habla a sus antepasados de la zarza ardiendo, que los guiaba afuera de la esclavitud en Egipto por medio de la columna del fuego. Está recordándoles que él y los otros profetas repetidamente les hablaron con las palabras de Dios: «Haré de ustedes mi Pueblo y yo seré su Dios. Así tendrán que reconocer que soy yo, el Señor, [su Dios]» (Éxodo 6:7).

Nuestra segunda lectura de la carta del San Pablo a los romanos nos dice que Dios es más que el creador, más que el uno que rescata a su pueblo, más que el uno que dice que será su Dios. San Pablo escribe:

Hermanos: Los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. . . .[Han recibido] un espíritu de hijos, en virtud del cual podemos llamar Padre a Dios. El mismo Espíritu Santo, a uno con nuestro propio espíritu, da testimonio de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, somos también herederos de Dios y coherederos con Cristo

Dios es no sólo nuestro padre, pero en la persona de Jesucristo, Dios es nuestro hermano.

Del principio de la Biblia hasta el fin, continuamente nos recordamos que Dios quiere una relación con nosotros seres humanos. En el primer libro, Génesis, nos decimos que Dios hizo la humanidad, varón y hembra, en su propia imagen (Génesis 1:27). Claramente esto no es una referencia a una imagen física, porque la Biblia nos dice que, «Dios es espíritu» (San Juan 4:24). Además, Dios sopló en hombre el aliento de Dios en la creación.

Es este propio Dios acerca de cuyo amor el escritor del Evangelio nos dice, «Sí, Dios amó tanto al mundo, que entregó a su Hijo único para que todo el que cree en él no muera, sino que tenga Vida eterna» (San Juan 3:16). Y como San Pablo escribe, «. . . ya no hay condenación para aquellos que viven unidos a Cristo Jesús» (Romanos 8:1). Nosotros que pertenecemos a Cristo no somos sólo hijos e hijas de Dios; somos los hermanos y hermanas de Jesucristo.

Es el propio Dios ahora llamado Dios el hijo, que sopló sobre sus apóstoles su propio aliento como recibieron el Espíritu y los envió como el Padre lo había enviado a él (San Juan 20:22), diciéndoles, como oímos hoy,

Vayan, pues, y enseñen a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándolas a cumplir todo cuanto yo les he mandado. Y sepan que yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo».

¿Creo en Dios? ¿Qué creo? ¿Qué es mi fe? Las lecturas de hoy resumen mi creencia, mi creencia en el Dios a quien he dado mi vida. En las palabras de nuestro Catecismo de la Iglesia Católica, «La verdad revelada de la Santísima Trinidad ha estado desde los orígenes en la raíz de la fe viva de la Iglesia. . . .» El Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo es un Dios.

A causa de esta unidad, el Padre está todo en el Hijo, todo en el Espíritu Santo; el Hijo está todo en el Padre, todo en el Espíritu Santo; el Espíritu Santo está todo en el Padre, todo en el Hijo
(Concilio de Florencia, año 1442: DS 1331; CC, 249, 255).

Ésta es nuestra fe, y estoy orgulloso de profesarla. Que nunca provoquemos vergüenza sobre esa fe, pero mostremos al mundo como amamos a nuestro Dios y amamos unos a los otros.